

La tiranía en Portugal

A los periódicos libertarios, a los organizados obreros y a los hombres libres de todo el mundo.

En este pequeño país, situado al extremo más occidental de la península ibérica, que se denomina Portugal, hay un pueblo compuesto de seis millones de seres, de los que en gran parte son como vosotros, obreros, abejas de esta gran colmena social.

Este pueblo sufrió, casi durante ochocientos años, el despotismo de una monarquía de fanáticos y corrompidos reyes, sin sentir el germen viril de la rebeldía. Baja, cobarde y humilladamente, los seres más viles fueron ennoblecidos con el producto de sus actos de rapiña y bandidaje cometidos en África y América en los siglos XVII y XVIII.

Mas el sol, radiante del progreso, un día inclinó sus discos sobre este pueblo. Los filósofos comenzaron a ser apreciados, leídos y discutidos, al bien por una pequeña minoría. El bisturi de la crítica de Voltaire, escarpando los dogmas religiosos, tirando por tierra los conceptos de obediencia y pasividad, señalaron una estela luminosa, que abrió ancho camino para recibir los nuevos conceptos filosóficos que tienden a la completa liberación de los pueblos.

Las titánicas luchas sostenidas por los pueblos más cultos para la conquista de los derechos de los productores por medio de la acción directa, fueron acogidas con entusiasmo por los que sufrían en silencio todas las tiranías de los potentados.

Una ansia de estudio, un febril entusiasmo se apoderó de algunos y en breve los libros filosóficos fueron rebuscados en las librerías, en las bibliotecas, y una vez leídos, los neófitos, prosélitos de la escuela libertaria y de la escuela sindicalista se apresuraron a comunicar al pueblo las conclusiones a que habían llegado.

Las teorías de Proudhon, Kropotkin y Malatesta y los conceptos de Fabry, La Briola y Lagardelle fueron discutidos y apreciados en todas sus formas y aspectos.

La república, que vino rodeada de una aureola de promesas seductoras, desentramada el 11 de marzo de 1911, cinco meses después de su advenimiento, con el fusilamiento de los obreros hegelianos en la ciudad de Setúbal. Y los trabajadores, desilusionados, se acogieron en masa a la organización sindicalista, ingresando en los sindicatos, federándose y preparándose para formar la Confederación General del Trabajo.

Por un esfuerzo titánico se consiguió que los campesinos se organizaran en la provincia de Alentejo, constituyendo 127 sindicatos con su respectiva federación. Los periódicos obreros elevaron su número extendiendo grandemente su radio de acción. Rápidamente se desenvió la propaganda, desapareciendo ante ella todos los obstáculos levantados por sus enemigos.

Mas en estos comienzos, y después de la huelga de la Compañía Carris, aniquilada a las tres semanas de lucha por la infamia del entonces ministro del Interior, Duarte Leite, subió al poder Alfonso Costa.

Bate hombre, que en tiempos de la monarquía hizo las más grandes afirmaciones de la libertad, tomó por su cuenta el propósito de exterminar el sindicalismo, según su propia frase. Comenzó desenvió sobre nosotros la más feroz de las represiones, calumniándonos, y achacándonos concomitancias con los monárquicos y huyendo cobardemente siempre que en nuestros periódicos le intimáramos a probar sus acusaciones. Nos impedía celebrar mítines ni reuniones al objeto de que nos rebelásemos contra su infame conducta y nuestra prensa protestara contra la tiranía que nos envilece y deprime, para ordenar su recogida supriméndola y empátrando los moldes. Clausuró y disolvió la Casa Sindical de Lisboa en la que estaban instaladas 35 sociedades legalmente constituidas; y, finalmente, después de estallar una bomba lanzada sobre un grupo de obreros sin trabajo, encerró en las prisiones, donde lo conserva hace tres meses, a los militantes sindicalistas. También clausuró la Federación de Trabajadores Rurales de Alentejo.

En esta república no hay derecho de reunión, como no hay libertad de escribir, hablar o pensar. Los que esto intentaran hacer, como todos los que sean acusados de sindicalistas o anarquistas, pueden contar con un puesto en las Basillas de esta democrática república, y si son extranjeros serán expulsados como lo fué José Píato, que dirigía Terra Livre.

Ante esta anormal situación resolvimos apelar a la prensa obrera y libre pensadora de todo el mundo.

Queridos camaradas y compañeros de sufrimientos: Es necesario no dejar morir la organización obrera en Portugal. Es necesario que Alfonso Costa deje de tener en sus manos, estrangulándola, la libertad de asociación de los trabajadores portugueses.

Por amor a la libertad, por odio al despotismo y a la tiranía, donde quiera que estéis, levantar todos vuestra protesta contra las persecuciones sufridas por vuestros hermanos de Portugal.

Un grupo de anarquistas de Portugal

(Se desea la reproducción en la prensa socialista y anarquista)

YO SOY MI DIOS

Yo soy mi dios, mi estrella, mi guía; en mi existencia se halla un mundo, y mi alma es su creador.

Dios vivirá en mí hasta que mi cuerpo lo abandone, hasta que mis huesos y mi carne se conviertan en polvo y material de nueva vida.

Nadie más que mi dios conoce mis secretos, mis virtudes, mis debilidades y mis buenas acciones. Nadie más que él me hace gozar al realizar un acto bello, con gesto de grandeza y de verdad.

Mi corazón rechaza toda religión escrita, toda moral dictada, todo acto impuesto por los demás hombres.

Ni todos los grandes templos reunidos del llamado dios del mundo superan a mi edificio de verdades. La religión que se pregona en los templos destruye el dios individual, hace del hombre el instrumento de un dogma que lo aparta de las delicias de la vida. Le mata a su propio creador; le priva de gozar de sus propias iniciativas, con sus actos, con su bien que brota de su manantial de amor verdadero.

De un ser humano y natural, la religión lo transforma en un cuerpo insensible, que no piensa, que no siente sensaciones, que ni sus nervios, ni sus carnes, ni su sangre se mueven al contacto de otros cuerpos que le brindan amor y vida.

Renuncia a su propia existencia, se enterra vivo en holocausto de una deidad invisible, impalpable, que los brujos de su religión le hacen creer con sus mágicos sermones, con futuros placeres en un mundo que no existe.

Peró mi dios es más grande y potente que el dios de los magos, que el dios de la mentira. Mi dios es productivo, me impulsa a crear, a construir comodidades de la vida. Me da fuerza a mi cerebro para inventar, para producir cosas bellas. Para perfeccionar mi existencia, para enriquecer el jardín de mi vida.

Yo creo aquello que veo, que toco, que oigo; yo amo aquello que me brinda placer, aquello que me atrae con su belleza, con su bondad, con su nobleza.

El dios que propagan los magos de la religión, no lo he visto, no lo he tocado, no lo he oído. Sus ritos, sus cantos y sus sermones, son la ceremonia de la muerte, los ayes y lamentos de los impientes, de los vencidos de la vida.

Mis cantos y mi verbo son la expresión de mis dichas, de mi fuerza, de mi lucha.

Yo no me arrodillo a los pies de nadie para alcanzar mi libertad o mi placer. Yo luchó, yo me impongo a mis enemigos para alcanzar mi independencia. Yo no ruego, yo no espero, yo no pido.

Yo exijo, yo tomo, yo arrebató aquello que es mío, que es mi propia obra, que es mi propia vida.

Mi dios es mi individualidad, el único soberano de mi cuerpo, de mis acciones, de mi todo.

El dios de los magos, el fantasma de los débiles de espíritu y de cuerpo, este ha muerto al nacer en mentalidad, porque la verdad ha triunfado sobre la mentira, librándome de imaginarias torturas, y guiándome en el camino de la vida, por mi propia razón y por mis individuales sentimientos.

ENRIQUE MONTESQUIU

Un sueño

Paseábame una mañana, al amanecer el día, por un sitio tan hermoso y sorprendente por la variedad de sus brillantes colores que es imposible describirlo.

Lagos profundos dormidos en sus lechos de verdor y circuidos de blancos y elevados montes; numerosos torrentes que se precipitan desde lo alto de los peñascos, formando como una cadena de diamantes con sus cristalinas aguas que brillan a los ténues rayos del sol, alegrando tan deliciosos sitios, uniendo su fresco murmullo al zumbido de las hojas de los árboles.

Entre su gracioso verdor se divisan las madrevelas suspendiendo sus zarcillos y flores de varios colores: granadillas, verbenas y liláceas que agitan sus campanillas, abriendo cada planta, a la vez, sus pétalos brillantes que resaltan admirablemente entre el verdor, matizando sus colores más oscuros.

El agua clara y limpia que caía murmurando; el aroma de las flores, la pureza de los lirios silvestres, embriagaron de tal modo mis sentidos, que echándome sobre la verde alfombra que bajo mis pies se extendía, quedé profundamente dormido.

Pronto soñé que vivía en Acracia; que después de destruir todos los anacrónicos privilegios habíamos constituido el reino del amor, en el que no había guerras ni explotaciones; donde...

Una detonación despertóme sobresaltado, llevándome de nuevo a la triste realidad.

Pasaba un chiquillo con toda la velocidad que le permitían sus tiernas piernas. De entre los matorrales salía una forma, que a lo lejos parecía humana, apuntando su homicida carabina sobre el tierno fugitivo. Instintivamente salté sobre aquel perro repugnante, derribándole a tierra, y como sólo supo balbucear que el chiquillo había robado unas cuantas frutas de la huerta de su amo, le abandoné al estar convencido de que él mucha cho estaba fuera de su alcance, lan-

zando sobre su rostro mi despreciativo salvazo.

Emocionado andaba por los matorrales cuando divisé, a lo lejos, las cúpulas de gigante edificio, que por sus ventanas cerradas y su aspecto carcelario, comprendí perfectamente que era una fábrica.

Acerquéme a una saciana que en una puerta horaba, y al interrogarla, me dijo: "Yo vivía feliz al lado del esposo y mis dos hijos, Luis y Enriqueta. Luis murió en los alrededores de La Tache en defensa... de la patria. El esposo, extenuado por la excesiva jornada, murió con la cabeza aplastada en un engranaje de la fábrica y Enriqueta, perseguida villanamente por el amo de la fábrica, fue violada cobardemente por aquel sátiro sin entrañas. (Ahora está lejos, muy lejos, para ocultar su desgracia)".

Conforté cuanto pude a aquella noble anciana, símbolo de la desgracia; entreguéle el escaso dinero que en mi bolsillo llevaba, y prometiéndole que volvería a visitarla, me interné de nuevo entre los matorrales.

A los pocos días circuló la noticia de que el burgués de la fábrica X había muerto asesinado. Pregunté quien había sido el autor y dijéronme: Fue la viuda de un desgraciado obrero que murió con la cabeza aplastada por un engranaje de su fábrica.

Soñé de nuevo y la vi altiva y radiante de alegría dirigiéndose hacia el ideal.

Manila.

JUAN ROUGE

La psicología española

Profundizando en los actos de un pueblo, se estudian sus inclinaciones, por medio de las cuales se llega a penetrar en lo más íntimo de su alma: allí se observan sus más caras ilusiones, sus ambiciones, sus odios; allí se hallan sus padecimientos, y se sorprenden hasta sus más fugitivos anhelos.

Allí como en un espejo se reflejan sus alegrías y sus tristezas, se ven sus miserias así como sus grandezas; se descubren sus hipocresías y sus convicciones.

Observando el carácter de sus luchas y la dirección de sus fuerzas, se dejan adivinar sus ideales predilectos; se ve difanamente el estado de su conciencia y el grado de inteligencia de que está dotado, pudiendo deducirse de esto el resultado de sus decisiones en una fecha medista y por consiguiente la senda que ha de recorrer el progreso y las regresiones y progresiones que ha de seguir.

Examinando la profundidad del pensamiento de un pueblo, se ve la elevación de su espíritu; observando sus hechos y sus estudios, se miden su perfección y sus defectos.

Ahora bien; sondeemos lo más minuciosamente posible en el alma del pueblo español para poder detallar su psicología.

Veamos la lectura que da la conciencia. El pueblo español es de espíritu y ánimo indolentes; las auras del progreso encuentran en él infinidad de obstáculos insuperables que le oponen seres mezquinos que viven en oposición perpetua a todo idea renovadora: éstos lo rigen y lo manejan a medida de su deseo, y él pacíficamente sigue el rumbo de la vida hacia donde lo conducen los embebecidos ríes de la malhadada política, la cual ojea de continuo la conciencia nacional. Absorben su atención las causas más nimias, relegando a último término las más perentorias.

El problema social que tantos aspectos presenta para el estudio, apenas si ha sido bordeado todavía.

La ciencia, artes, industria y agricultura están relegadas a la más ínfima expresión, sin campo de desarrollo, valladas por un cercado de dificultades impuesto como tributo oficial a la inteligencia.

La causa de este estado anormal y atrofiante es el enorme farrago de prejuicios y falsas premisas que en las pasadas edades actuaron sobre el cerebro del pueblo, cuya exagerada y molesta influencia está dando sus frutos todavía.

Vamos al fondo y desarrollo de la cuestión.

Un pueblo se crea y se desenvuelve de la manera que lo dicte la naturaleza de su clima; su carácter lo modifican sus instituciones, las cuales son las que lo guían; ellas son las que bajo pretexto de reformarlo lo han ido deformando; en lugar de clasificarle la inteligencia, han procurado oscurecersele; en lugar de fortalecer su voluntad, se la van debilitando.

Por eso los pueblos caen en el error, en el letargo intelectual.

España es precisamente uno de estos países donde con más fuerza actuó toda clase de instituciones y dado su estado de ánimo le causó enormes estragos.

Su psicología parece la psicología de la desgracia. Durante siglos lo vemos orando en los templos, intriguando en los palacios, luchando en las guerras, sometido al triste destino de la locura, danzando alrededor de centenas de absurdos que le impedían remover con su conciencia un átomo de verdad y oscurecían su inteligencia con una inmensa oleada de misticismos y de sangre.

Y en lugar de formarse un pueblo sano y elevado, se formó un pueblo enfermo, decaído, cretino.

Los pensamientos excelsos y eleva-

dos; las obras admirables que suelen realizar los grandes pueblos no hubo, quien los realizara en España; esta es una parte del mundo que parece carecer de imaginación; repele la ciencia; los grandes problemas, desprecia el talento. Todo se realiza menos causas dignas y grandes; en vez de esto tenemos multitud de fiestas santas y profanas; muchos símbolos sagrados, muchos toros, mucha escasez de centros docentes.

Su espíritu parece estar exhausto de la savia purificada de la evolución perfeccionante que germina y late en el de otros pueblos; su corazón parece estar seco; su sangre aparenta estar paralizada; se va oscureciendo, se va cuajando y quizás se podrá congelar.

Ya sabemos que la historia de la vida humana está llena de grandes absurdos, de enormes, tristes e insuperables y bochornosos crímenes; que aun no se han borrado a través de los siglos que separan las edades, la gran estela de sangre humana que denuncia los crueles actos realizados en aquellos oscuros tiempos.

Mas, cuando principiaron a aparecer las auras de la civilización, comenzaron a evolucionar las ideas, comenzaron a reaccionar los pueblos, emprendiendo el camino hacia una finalidad más humana, y aunque, como toda concepción grande, halló grandes obstáculos que opusieron las ideas decrépitas creadas sobre los puntos de lo absurdo, se fueron venciendo paulatinamente; pero respecto a España, doloroso es confesarlo, todavía no puede siquiera definir las ramas del saber en que ha progresado. Su inteligencia es de un raquitismo enorme, es contrahecha; las cosas buenas parecen por consunción o son aniquiladas violentamente. El derrotero natural de la vida yace abandonado; fué necesario trazar uno artificialmente para que lo sigan los imbéciles, y los guías del pueblo empuñan el látigo para que tras ellos sigan los disidentes. Los locos gobiernan a los cuerdos; los ignorantes gobiernan a los sabios; la iniquidad ejerce la justicia.

Parecemos una raza inmutable, un pueblo parásito. Aquí donde la hierática abunda todo son oraciones y misterios que concurren a entorpecer la verdadera conciencia del pueblo.

A pesar de su civilización, los pueblos más adelantados están bárbaros todavía, pero el pueblo español va a la cola de esos bárbaros con más de una centuria de retraso.

La prensa burguesa en su mayor parte se encuentra a diario atiborrada de noticias y sorpresas políticas, relatos muy extensos de crímenes sensacionales, columnas enteras y grabados dedicados a propagar las excelencias de la ridícula fiesta nacional.

No sabe más que explotar el precio del papel a cambio de envenenar la conciencia de los lectores. Y a los asuntos de mayor interés no les dedica ni una sola línea o dan la noticia escuetamente.

El alma española está ilusionada con placeres y diversiones solamente; el bienestar, los adelantos, el engrandecimiento y la evolución de la raza hacia "mejores tiempos", todo está condenado a un eterno estancamiento en el seno de la absurda política que no hace más que estudiar la propia conveniencia.

Nuestros directores no saben indicarnos más que el derrotero vil de la rutina. Y al que se previene lo desgracia. El que salva los obstáculos halla la muerte en definitiva; lo asfixian las doctrinas excepcionales de los códigos, por hallarse fuera de la legalidad estipulada.

Y la multitud prosigue en su inconciencia, y la política, como eterna farsa, persiste en sus absurdas pretensiones. Así va el pueblo caminando entre equívocos hacia un final que no presente, hasta que la conciencia de la verdad borre las concepciones de lo absurdo.

JUSTINO ACEBAL

Madrid.

El último cuento de Blasco Ibáñez

Se ha prestado a toda clase de comentarios, como era lógico, el colosal negoció hecho por el cuentero valenciano don Vicente Blasco Ibáñez con su conceción de tierras de Rio Negro. Vender hoy en 750.000 y pico de pesos lo que hace apenas cuatro años se adquirió en la miseria de 6.000, es como para tirar de espaldas al más audaz especulador.

La gente ha tenido, pues, harta razón en quedarse supina al conocer la inverosímil noticia; y don Vicente, a su vez, se ha quedado estupefacto al enterarse del efecto público de su negoció.

—¡Cómo!— se ha dicho.— ¡Será posible que los que nada tienen que ver con mi affaire se pasmen de ese modo, cuando yo, que lo he realizado, me he quedado tan fresco!

¡Ab, es muy sencilla, muy lila, muy muy... esta pobre gente!

En fin, será necesario hacer con ella lo que hacen las viejas para entretejer a los chiquillos: contarle cuentos. ¡Mas cuentos todavía! Pero estas criaturas no se cansan nunca.

Bueno. "Pues que paga, es justo hablarle en necio, para darle gusto.

Y dicho y hecho. El fecondo cuentero valenciano recurrió a su inagotable caletre y sacó a colación un cuento bobo y simple, como para alcance de la más ruda inteligencia infantil.

Contó que la Sociedad Cervantes, especuladora en concepciones de tierra obtenidas por favor oficial, que la Sociedad Cervantes, a la que él pertenecía y que podría denominarse mejor sociedad Sancho Panza; invirtió hasta la suma de 500.000 pesos en mejoras; la tierra obtenida por 5.000; de modo que su enajenación en 750.000 acrepta una modesta utilidad de un 50 por ciento; no una ganancia de un 1.200 por ciento, como a primera vista parece.

Y con este nuevo cuento, le abruma del niño ha desaparecido, y la figura de don Vicente Blasco Ibáñez se extraña a los ojos de su gratitud como la de un admirable altruista que ha legado desde tierra lejana, para sacrificarse por nuestro progreso nacional.

—¡Chit... silencio. El inocente ha yerto a dormirse tranquilo con el amable cuento.

Mañana, cuando se despierte, sabrá que el corpulento valenciano no es más que un negoció más andaz que se aproveché de él, que la Sociedad de Sancho Panza, está constituida por el mismo cuentero y que no hay cuentero en el mundo que se largue así no más a descubrir la América y a arriesgar medio millón de pesos en un negoció.

Y menos éste, que jamás tuvo idea de lo que significaba un medio millón hasta que vino a estas playas a ponerse guisos... a la valenciana.

(Del Barrio Ultramarino)

Desde París

A mi querido compañero M. Lague

He leído los dos recortes que me incluyes: De uno de ellos (que he de decirte) La tan manoseada frase de que "la utopía de hoy, será la venturosa realidad del mañana". Ellos, los de la acera de enfrente, a pesar de su reconocida bestialidad, lo saben tan bien como nosotros, no tengas duda; pero como las innovaciones que están de acuerdo con la rápida marcha del progreso destruyen sus cálculos presentes y futuros, y como, por otra parte, es tan fácil desorientar a esa masa amorfa que constituye las nueve décimas partes del proletariado y aun de la humanidad, descreditando con su loyalesca táctica, toda iniciativa provechosa; combaten con la fuerza del odio y de la metralla, todo intento de acción fecunda que derive en beneficio del estado económico social del pueblo y... triunfan, triunfan por la desesperante ignorancia de los oprimidos, por la poca vergüenza de los miserables. Si procedieran de otro modo, est proceder suyo constituiría un suicidio y los pillos no se matan, matan.

El otro recorte, el que se refiere al venerable Lorenzo, el maestro de todos, me ha merecido singular atención, desusado interés que poco presto a cuestiones de esta especie. ¡Que conteste a él me pides!... ¡Pero no ves que eso sería conceder a ese tigre una beligerancia que no ha conquistado, una importancia ayuna de méritos para merecerla, una significación en el terreno de las ideas que necesita por lo menos los 43 años de Lorenzo para que sea efectiva?

Por qué vamos a ver: ¿Quién es Fabra Riva? ¡Es el revolucionario que lanza a las masas a la barricada para defender con su sangre preciosa los derechos inherentes a su condición humana, mientras él, haciendo ascos a los primeros disparos, toma cobardemente la frontera y pone en lugar seguro su prestigiosa persona, mientras la sangre de sus pretendidos hermanos en explotación enrojece las calles de Barcelona, mientras el cañón ruge y el entusiasmo por altos ideales hace heroes dignos de España? ¡Quién es Fabra Riva? ¡Es el periodista a sueldo de la burguesía catalana y de otras burguesías con un pie en el Centro Obrero, y otro en la Defensa Social, y la boca abierta para no desaprovechar algo que venga de lo alto! ¡Y un ente así con el hedor a leche en la boca y tan tan corta y efíca historia, se atreve a insultar al que es admiración de propios y extraños, al idólatra del honor bien entendido, al fervoroso de la lealtad, al fanático de desaherés, al hombre que reúne en sí las virtudes y se ha hecho acreedor a todos los respetos? ¡Y qué procura con eso Fabra Riva? ¡Enaltecer al partido socialista? ¡Hacer creer a la opinión imparcial que ese partido constituye una necesidad de los tiempos modernos en un país en que la monarquía predica socialismo, en que dos docenas de partidos repugnantes con una simultaneidad que semeja competencia mercantil específica, socialistas, que hasta los mismos partidarios de Jaime que se yó cuantos ofrecen a granel soluciones socialistas? No, señor Fabra, toda la filosofía socialista, toda la fraseología de sus adeptos, no convencerá a ningún espíritu imparcial de la necesidad del que el socialismo gubernamental en estos tiempos en que hasta los mismos parlamentarios reconocen y proclaman la derrida del parlamentarismo, en que la ley de las mayorías en un mito, que la ley de las mayorías son pañales mojados aún que para conquistarlos se haya empleado tan considerable cantidad de energía.

¡Las Casas del Pueblo! ¡Las Cajas Obreras! ¡Pobre hombre que ha empleado 43 años de su vida en tratar al proletariado español el camino recto y seguro para lograr su completa emancipación! ¡Pobre Lorenzo, que no deja tras de sí rastro de esas salvadoras instituciones! ¡Desdichado viejo que